

y de grandezas enormes producidas por el alimento de ustedes, aplaste á nuestro mundo, no señor, ni lo podemos ni lo queremos consentir; y tenga usted en cuenta que lo ocurrido no ha sido más que la iniciación, una simple escaramuza, una cuestión de policía nada más, y que detrás de nosotros están la nación y la humanidad entera: si han muerto miles de personas, aun quedan millones: debe usted convencerse de que acabaremos con sus enormes hijos, y si abriga usted lá pretension de que dos docenas de gigantes van á bastarse para resistir á todos los elementos de nuestro pueblo y de todos los demás pueblos que se aliarán y vendrán á ayudarnos; si piensa usted que podrá cambiar la humanidad y la humana naturaleza...

Extendió el brazo y añadió:

—En ese caso, puede usted marcharse con ellos; váyase usted con ellos.

—Es precisamente lo que deseo.

Así terminó la conferencia.

La ostentación había terminado, y el orador, pareció contraerse en el acto, hasta convertirse de nuevo en el hombre de cara amarillenta, exhausto, de estatura mediana y de edad regular.

Se adelantó dos pasos como si se saliera de un cuadro, y con la pretensión de franca amabilidad de que dan muestra todos los políticos cuando tratan de resolver los conflictos públicos, extendió la mano á Redwood.

---

## CAPITULO V

### EN EL CAMPO DE LOS GIGANTES

#### I

Poco tiempo después, se encontró Redwood en el tren que se dirigía al Sur atravesando el Támesis. Tuvo una vaga visión del río, en que se reflejaban millares de las luces y del humo que se elevaba en el sitio en que había caído la bomba hacia la orilla del Norte, donde esperaba gran número de hombres dispuestos para quemar la heracleóforbia del suelo. La orilla Sur estaba sumida en la obscuridad; por razones especiales ni siquiera estaban alumbradas las calles, y únicamente se veían las líneas de las torres de alarma contra-incendios y contra las ratas gigantes, y los hacinamientos que formaban los edificios.

Después de observar un instante, Redwood se puso de espaldas á la ventanilla y quedó meditabundo. No tenía ya nada que hacer, ni que ver hasta que hablara con los hijos del alimento; las angustias y las emociones de los días pasados



le habían fatigado bastante; en un principio, le pareció que su ánimo estaba abatido; pero, después de refrigerarse con una taza de café bien cargado, sus pensamientos fueron más claros y más precisos. Su memoria pasó revista á los acontecimientos de aquellos días, y haciendo un esfuerzo ahogó el recuerdo de todo lo que había sabido y volvió al curso de sus ideas, á las grandes contingencias con que se veía entretregida su propia vida de un modo extraño. Repasó de nuevo, y ahora á la luz de los hechos consumados, la manera en que el alimento había penetrado en el mundo y el enorme desenvolvimiento que había llegado á alcanzar. «¡Y Bensington creyó que sólo sería un buen alimento para la infancia!» murmuraba Redwood y sonreía inconscientemente. Luego, recordó sus dudas horribles cuando intentó administrárselo á su propio hijo. Desde entonces, con una fuerza de expansión constante y á pesar de los esfuerzos de los hombres para impedirlo, el alimento había conseguido desarrollarse por todo el mundo conocido. «¿Y ahora, qué sucederá?», se preguntaba el sabio. Y se contestaba á sí propio: «Aunque los maten á todos, la cosa ya está hecha».

El secreto de la fabricación era ya conocido universalmente: Redwood se había cuidado de hacerlo público. Y las plantas, los animales y una multitud de niños, creciendo de un modo exage-

rado, conspiraban incesantemente para obligar al mundo á someterse al alimento, sucediese lo que sucediera en la lucha ya entablada.

—¡La cosa está hecha! — repetía Redwood sonriente, mientras su espíritu vacilaba, no obstante los esfuerzos que hacía para fijarlo en la suerte de su hijo y de todos los gigantes. ¿Los encontraría extenuados por los esfuerzos hechos en la batalla, heridos, hambrientos, casi derrotados, ó seguirían fuertes, animosos y dispuestos al conflicto aún más pavoroso del mañana? ¿Los hallaría preparados á hacer frente á las tropas que Caterham amenazó enviar contra ellos? ¿Sería cierto el hecho que llegó hasta sus oídos de que los gigantes se habían apoderado de los acorazados de la escuadra que anclada en el puerto y que los rodearon por las bordas de grandes maderos producto de la heracleofobia para ayudarles á sostener el peso de mayor número de cañones del que ya montaban, cañones de que se hicieron dueños entrando yiolentemente en los arsenales y parques de artillería y asustando con su presencia al personal de dichos establecimientos?

Redwood conocía algunos de los preparativos de Cossar, pero no todos, y no sabía hasta qué punto estarían los gigantes dispuestos á resistir las órdenes de Caterham. Durante un rato, abrigó resentimientos contra Cossar. Luego, tuvo que admitir que los preparativos para la resistencia ha-



brían sido hechos simultaneamente y hacía tiempo. Redwood no ignoraba tampoco que Cossar sentía desprecio hacia él cuando trataba de asuntos relacionados con la conducta y los negocios. Pensando esto, las ideas de Redwood cambiaron de dirección de un modo extraño. Encontróse él en un platillo de la balanza, se figuró á su amigo en el otro y se sintió algo envidioso y hasta cierto punto resentido. ¿Por qué, al final, habían caído las cosas en manos de Cossar? El alimento era cosa suya y de Bensington: Cossar estaba al tanto de él por casualidad, y ahora parecía ser dueño de él. Luego comparó á los hijos de Cossar con el suyo.

Pero volvió á la ansiedad que lo dominaba ¿cómo estarían los gigantes sitiados en su campamento?



Los hijos de Cossar



## II

Al detenerse el tren en la estación de Chiselhurst se distrajo de sus reflexiones. Reconoció el sitio en que estaba por el torreón de alarma que coronaba la cumbre de Cainen Hill, erigido con ocasión de las ratas inmensas, y por la valla gigantesca en flor que limitaba por ambos lados el camino. El secretario particular de Caterham se apeó del otro coche y le dijo que la vía estaba levantada una media milla más adelante, y que opinaba que debían seguir en automóvil.

Redwood bajó en el andén, alumbrado sólo por un farol de mano, y sintió el fresco de la brisa de la noche. El silencio de aquel arrabal deshabitado, lleno de árboles y de hierbas, cuyos habitantes se habían refugiado en Londres al surgir el conflicto, le impresionó mucho; su guía le llevó, escaleras abajo, hasta donde estaba el automóvil con sus grandes faroles encendidos, únicas luces que se veían, y después de recomendarlo al chauffeur, se despidió de él.

—Haga usted todo lo posible en beneficio nuestro — le dijo, apretándole la mano.



Una vez acomodado Redwood, avanzó el automóvil lentamente. Descendieron por el declive de la estación, dieron vuelta á dos esquinas, una tras otra, y siguieron el camino por entre muchos hoteles hasta entrar en la carretera, en donde el automóvil aceleró la marcha hasta tomar la máxima velocidad, hundidos en las tinieblas de la noche. No se oía absolutamente nada, y todo parecía volar al lado suyo. Los hoteles, cerrados y abandonados, le hacían el efecto de un solemne desfile de cráneos. El chauffeur parecía haber perdido el habla, ó tal vez le hubieran impuesto el silencio como condición del viaje, porque á las preguntas que Redwood le hizo, contestó con ásperezos monosílabos.

A través del cielo, por la parte del Sur, cruzaban como relámpagos los haces de luz de los reflectores eléctricos, únicos testimonios de vida en aquel mundo abandonado que el automóvil cruzaba á gran velocidad. Después quedó oscurecido el camino por la sombra que proyectaba el endriño gigante que crecía á uno y otro lado de la carretera y por hierbas enormes, matas monstruosas y ortigas tan altas como árboles que casi formaban toldo. Pasado ya Keston, llegaron á una colina, y el chauffeur refrenó la marcha del automóvil; este se detuvo al llegar á la cumbre y resolló de una manera ruidosa.

—¿Allí? — preguntó el conductor señalando

con el índice enguantado, una forma negra y monstruosa.

Allí, á lo lejos, donde él señalaba, elevábase á grande altura el terraplén, iluminado por los haces de luz de los reflectores, haces de luz que atravesaban las nubes y se derramaban por el suelo montuoso como fantásticos engendros.

—¿Allí? — volvió á preguntar el chauffeur, demostrando que tenía miedo en proseguir la marcha.

La luz de un reflector pareció descender desde las nubes hasta ellos súbitamente; pero se detuvo como si se hubiera quedado petrificada la mano que lo movía. Los dos viajeros seguían sentados, tapándose los ojos con las manos para amortiguar los efectos de la luz al mirar por entre los dedos.

—¡Adelante! — exclamó Redwood.

El conductor dudó y volvió á preguntar:

—¿Hacia allí?

Por último se decidió á avanzar, y dijo:

—Pues allá vamos.

La máquina se puso otra vez en movimiento, perseguida sin cesar por aquella especie de ojo gigantesco. Redwood creyó por algún tiempo que habían dejado el mundo y que atravesaban por nubes luminosas con palpitante velocidad.

La máquina seguía haciendo ¡Taf, taf!

El conductor, cediendo tal vez á un impulso nervioso, hacía sonar la bocina á cada instante.



Entraron en la obscuridad de una vereda cubierta por alta empalizada, bajaron luego á una hondonada, y después de pasar por enfrente de algunas casas se vieron otra vez enfocados por la luz.

Durante un buen trecho, el camino siguió descubierto. Atravesaron una duna y pareció como que quedaban temblorosos y suspendidos en la inmensidad. Cruzaron de nuevo por entre matas monstruosas, y se vieron de repente en presencia de un gigante cuyas piernas brillaban á la luz del reflector, y cuyo busto y cuya cabeza iban á esconderse en las oscuras profundidades del cielo.

—¿Quién va? — gritó el gigante. — ¡Alto! Aquí se acaba el camino...

Pero, al reconocer á la persona que llegaba, dijo admirado:

—¡Es nuestro padre Redwood!

Este se puso en pie y exhaló un grito por toda contestación. Inmediatamente vió á Cossar á su lado, que le asía de las manos y le sacaba del automóvil.

—¿Qué le pasa á mi hijo? — preguntó Redwood.

—Está bien — contestó Cossar. — No le ocurre nada grave.

—¿Y los hijos de usted?

—Bien... ¡Todos están bien! ¡Pero no ha sido poco lo que hemos tenido que hacer para conseguir tal resultado!

El gigante hablaba entre tanto con el conductor. Redwood se apartó para dejar que el automóvil diera la vuelta, y de repente desaparecieron delante de sus ojos Cossar y todo cuanto había visto, y se encontró, durante un rato, en la más profunda obscuridad. La luz seguía al vehículo alumbrándole hasta la colina de Keston. Redwood se quedó contemplando al automóvil envuelto en un nimbo de luz deslumbradora: hacía un efecto extraño, pues no parecía moverse, sino que lo que se movía era la luz. Un numeroso grupo de gigantes de aspecto belicoso apareció haciendo extrañas gesticulaciones, para desaparecer nuevamente en las nieblas de aquella noche. Después volvió á ver la silueta de Cossar, y se agarró fuertemente á la mano del ingeniero.

—Me han tenido encerrado y sin saber lo que pasaba, dos días mortales — díjole al fin.

—¡Hemos disparado alimento contra ellos! — contestó Cossar. — ¡Les hemos dirigido treinta disparos!

—Yo vengo de ver á Caterham.

—Ya lo sé — contestó Cossar riéndose pero demostrando cierta amargura.



## III

—¿Dónde está mi hijo? — preguntó Redwood con la insistencia del hombre que no sale de un tema.

—Está bien, ya se lo he dicho á usted... Los gigantes esperan el mensaje que usted les trae de parte de Caterham.

—Bien... Pero antes quisiera ver á mi hijo.

Cossar lo condujo por un túnel larguísimo, que se iluminaba de rojo un momento para volver á oscurecerse: luego llegaron á un hoyo, refugio que se habían preparado los gigantes. La impresión primera que tuvo Redwood fué la de hallarse en un inmenso circo rodeado de altísimas rocas y cuyo suelo estaba cubierto de cosas que no podía distinguir. Todo hallábase en tinieblas: la luz de los reflectores del vigía pasaban por encima continuamente y á gran altura; de un lejano rincón donde dos gigantes trabajaban haciendo ruidos metálicos, partía un llamear rojizo.

Por fin, los ojos del sabio vieron, á medida que la luz iba dando la vuelta, los contornos de los antiguos techos de las habitaciones que sirvieron para talleres y juegos á los gigantes, que parecían destinados á la reparación de los desperfectos que en aquella construcción habían producido los ca-

ñones de Caterham. Veíanse también en lo alto inmesas baterías y grandes montones de cilindros que tal vez fueran municiones. En todo el ancho espacio inferior se dibujaban las siluetas de enormes máquinas de formas incomprensibles, en completo desorden. Los gigantes aparecían y desaparecían entre aquellas moles, á la indecisa luz; eran como inmensas figuras que armonizaban con las cosas entre las cuales se movían. Algunos trabajaban activamente; otros estaban sentados, y los menos echados como queriendo dormir. El más cercano á Redwood, cuyo cuerpo estaba vendado, aparecía profundamente dormido, acostado sobre un tosco lecho de ramas de pino. El sabio químico examinó aquellas vagas formas, y dirigió con avidez la vista de un cuerpo á otro.

—¿Dónde está mi hijo? — preguntó nuevamente.

Entonces, le vió: estaba sentado á la sombra de una muralla de acero. Le reconoció por la actitud, pues todas sus facciones permanecían invisibles y su figura no formaba sino una masa negra. Apoyaba la cabeza en una mano, y estaba como abatido, como absorto en sus hondas meditaciones. Junto á él vió Redwood á la princesa formando otra masa negra, y cuando la vacilante luz la iluminó un instante vió la dulce y melancólica fisonomía de la joven. La princesa estaba en pie apoyando sus manos en la muralla de acero,



mirando á su amante y hablándole en voz baja.

Redwood trató de acercarse á ellos, pero Cossar lo impidió diciéndole:

—Luego les hablará usted. Antes que nada el mensaje.

—Sí, pero...

Al ver que su hijo levantaba la cabeza, dejó de hablar. Aquel y la princesa hablaban: ella se inclinó hacia él y miró en torno suyo.

—¿Y si nos vencen?—dijo el joven Redwood.

Ella se calló, y cuando la luz la bañó de nuevo, tenía humedecidos los ojos por las lágrimas. Había en la conducta de los dos jóvenes algo tan íntimo y secreto, y algo tan íntimo también en su conversación misteriosa, que Redwood, que no hacía sino pensar en su hijo en aquellos dos últimos días, se halló cortado y comprendió la diferencia que hay de ser padre á ser hijo y el absoluto predominio del futuro sobre el pasado. El no representaba papel alguno entre aquellos dos seres, y volviéndose hacia Cossar, le dijo súbitamente:

—Vamos al mensaje.

Era tan grande el sitio aquel y estaba ocupado por tantas cosas, que Cossar y Redwood tuvieron que seguir una marcha larga y tortuosa para llegar á otro sitio en que poder hablar de modo que todos le oyeran.

Tomaron por un camino hondo por debajo de

un arco de aquella maquinaria enorme y llegaron á una senda que atravesaba el fondo del hoyo; dicha senda, aunque bastante ancha, era estrecha relativamente para el paso de los gigantes, por contribuir, á pesar de ello, á demostrar á Redwood su insignificante pequeñez, pues parecía un desfiladero abierto en las rocas. Por encima y á inmensa altura, veíase pasar y repasar la luz de los reflectores. Sonaban arriba voces gigantescas convocando á los gigantes á consejo para oír las proposiciones de Caterham. El desfiladero iba descendiendo hacia la obscura inmensidad por entre sombras, misterios y cosas incomprensibles, y en tanto que Redwood lo seguía con paso torpe y vacilante, Cossar iba por él con paso firme y seguro.

Entraron, por último, en el seno de las tinieblas. Cossar cogió á Redwood de la mano y ambos marcharon entonces lentamente.

—¡Qué extraño es todo esto! — murmuró el químico.

—¡Es grande, muy grande! — dijo Cossar.

—Pero más extraño es que me cause á mi asombro, siendo yo en cierto modo el generador de ello.

Guardó un corto silencio pensando en lo que significaba allí, entre tantas grandezas, y luego dijo:

—¡Y haber dejado pasar los años sin pensar  
14. — TOMO II.



en esto! Ahora veo que esto es una generación nueva con emociones y necesidades nuevas. ¡Todo esto es juventud! — y Cossar le vió señalar las cosas maravillosas que les rodeaban, pero no contestó.

Los pasos irregulares de ambos retumbaban en la obscuridad de la noche. Redwood prosiguió.

—Todo esto es juventud, pero no la nuestra, Cossar: de esta no hacen ellos caso: empiezan en conformidad con sus propias ideas y sus propias emociones, según su experiencia y de una manera especial. Hemos creado un mundo y no nos pertenece... Este gran espacio...

—Lo he planeado yo.

—¿Y ahora?

—Lo he cedido á mis hijos.

—Justo ¿y nosotros hemos pasado ya, hemos terminado?...

—Es natural que hayamos pasado y que hayamos terminado ¿qué duda cabe? A cada hombre su tiempo. Ahora ha empezado el de estos jóvenes. El que hayamos hecho nosotros un mundo nuevo no quiere decir que estemos en condiciones de vivir en él; somos como la cuadrilla de cavadores que una vez terminado el trabajo, se larga y deja el campo. ¿Lo ve usted? Expressimos nuestros pequeños cerebros y nuestras diminutas emociones, para que los que vengan después empiecen desde el principio... ¡Siempre lo nuevo!

## IV

Emprendieron otra vez la marcha, y después de dar muchas vueltas y de subir unos cuantos escalones, llegaron á un saliente desde donde se dominaba la parte más extensa del hoyo de los gigantes y desde donde se suponía que Redwood podría hacerse oír de toda la asamblea. Los gigantes se hallaban reunidos y colocados á diferentes alturas para escuchar mejor el mensaje que el sabio les traía. El hijo mayor de Cossar estaba en el borde superior, vigilando el campo con los reflectores, por temor de que el enemigo violara el armisticio. Los que trabajaban en el rincón se hallaban iluminados por su propia luz; estaban casi desnudos y volvían la cara hacia Redwood, pero sin descuidar las obras de fundición, á que tenían que atender. Los gigantes tenían la menor cantidad posible de luz en el hoyo para que sus ojos estuvieran dispuestos á distinguir enseguida cualquier fuerza que quisiera atacarles de improviso; pero, de vez en cuando, algún rayo de luz daba en uno de aquellos grupos de formas inmen-



sas, y permitía distinguir á los gigantes de Sunderland, vestidos con placas de metal ó de cuero, con mallas de cuerda ó tejidos de metal, según sus condiciones individuales. Estaban sentados unos entre las máquinas, apoyándose en ellas, y otros, en pie y apoyándose en armas y aparatos tan poderosos como ellos mismos, y sus ojos expresaban firmeza y admiración.

Redwood quiso hablar y no pudo; pero vió la cara de su hijo entre las llamas del fuego, y observó que aquél le miraba con ternura y energía al mismo tiempo, y entonces encontró la voz firme y segura que antes le había faltado, voz que llegó hasta todos los gigantes.

—Vengo de parte de Caterham — dijo Redwood, — y me ha encargado que los vea á ustedes y que les comunique las proposiciones que les hace.

Calló un momento, y añadió:

—¡Son proposiciones inadmisibles! Ahora que los veo á ustedes aquí reunidos, comprendo que son inadmisibles... Pero he venido porque necesitaba verlos á ustedes y á mi hijo... En fin, escuchan ustedes lo que propone Caterham. Quiere que salgan ustedes de aquí y que se vayan á otra parte.

—¿Adónde?

—¡Ni él mismo lo sabe! Me indicó vagamente que debían ustedes ir á alguna región del

mundo, muy apartada... Exige que no fabriquen ustedes más alimento, que no tengan hijos, y que vivan ustedes á su modo el tiempo que les quede de vida hasta que terminen para siempre.

Redwood se detuvo.

—¿Y eso es todo? — preguntaron los titanes.

—Sí, todo.

Reinó un silencio profundo. Redwood se sentó entonces en la silla que le habían llevado, silla que parecía un curioso juguete entre las inmesidades allí amontonadas. Cruzó el sabio una pierna sobre otra, y agarrándose nerviosamente una bota, se sintió pequeño y presuntuoso y se vió colocado en una posición absurda; pero al oír el sonido de una voz, volvió á olvidarse de sí mismo.

—¡Ya lo habéis oído, hermanos! — dijo una voz saliendo de entre las sombras.

Otra voz contestó:

—¿Qué vamos á contestar, hermanos?

—¡Que no, que no!

—¿Y luego?

Reinó por algunos segundos el silencio, hasta que una voz dijo:

—¡Esas gentes pigmeas tienen razón! Han estado en lo cierto, según ellas, al destruir todo lo que era mayor que su especie, ya hayan sido plantas, animales ó cualquier otra cosa que haya rebasado lo común de su magnitud: han estado en su derecho al asesinarlos, como lo están tam-



bién al exigir que no nos casemos. Repito que, desde su punto de vista, tienen razón: saben, y ya es tiempo de que también nosotros lo sepamos, que no puede haber gigantes y pigmeos en un mismo planeta. Caterham lo ha dicho repetidas veces: «¡O el mundo es nuestro ó es de ellos!»

—Ahora somos escasamente medio centenar de personas — dijo otro de los gigantes, — y ellos son millones y millones...

—Entonces, ¿no nos queda otro recurso que morir? — arguyó uno.

—¡Dios no lo permita!

—¿Han de morir ellos?

—Tampoco.

—Pues Caterham quiere que den fin nuestras vidas, muriendo uno tras otro hasta que solo quede uno, y cuando ese también haya muerto, exterminar todas las plantas y yerbas gigantes, acabar con todo lo grande, cauterizar con el fuego los rastros y huellas del alimento, en una palabra, acabar para siempre con todo lo grande. Entonces, se encontrará el mundo pigmeo en salvo, seguirá viviendo su mísera vida de enano, con sus mezquinas pasiones, con sus inacabables guerras que van mermando el exceso de población... ¡Hermanos, ya sabemos lo que debemos hacer! — terminó la voz que había hablado.

A la luz del reflector pudo ver Redwood que todas aquellas caras juveniles y enérgicas se volvían hacia su hijo.

—¿Quieres decir, hermano — preguntó una voz saliendo de la obscuridad, — que la gente menuda debiera tomar también el alimento?

—¿Qué otro recurso queda?

—¡Es que nosotros somos cincuenta solamente, y ellos llegan á muchos millones!

—Pero nos hemos sostenido y seguiremos sosteniéndonos á pesar de eso.

—Debemos acordarnos de los muertos.

—¡Los muertos! ¡mejor es pensar en los que no han nacido!

—¡Hermanos! — dijo entoncés el joven Redwood. — ¿Qué otro recurso nos queda sino luchar, y, si los vencemos obligarles á que tomen el alimento? Supongamos por un instante que renunciáramos á nuestra herencia y que aceptamos la proposición de Caterham; supongamos que reprimimos la grandeza que se agita dentro de nosotros, que rechazamos lo que nuestros padres hicieron por nosotros y que nos convertimos en la nada: ¿qué sucedería? ¿Acaso este pequeño mundo de que son dueños esos pigmeos volvería por ello á su primer estado? Pueden luchar contra la grandeza que hay en nosotros, porque somos hijos de los hombres; pero, aunque nos destruyan á todos, uno por uno, ¿qué conseguirán? ¿Se habrán salvado acaso? ¡No! La grandeza está en todo, no sólo en nosotros y en el alimento, sino en la vida propia de todas las cosas: es parte de



la naturaleza de estas, del espacio y del tiempo... ¡Crecer y siempre crecer, desde el principio hasta el fin, eso es la ley de la vida! ¿Qué otra ley puede haber? ¡Ayudemos, pues, contribuyamos con todas nuestras fuerzas á que los demás crezcan y sean como hemos crecido nosotros!

—¡Lucharán hasta dominarnos! — dijo una voz.

Y otra exclamó:

—¿Qué importa eso?

—Sí, lucharán — dijo el joven Redwood, — lucharán, y espero que sean francos y que lo hagan á cara descubierta. Pero de un modo ó de otro, lucharán contra nosotros. Si no somos prudentes, resultará que solo hemos vivido para proporcionarles ventajas en contra de nuestros hijos y de nuestra especie. Lo ocurrido hasta ahora no es más que el preludio de una batalla: algunos de nosotros pereceremos, pero otros obstruirán el camino. La verdad es que no obtendremos una victoria fácil, tenedlo por seguro; pero con tal que conservemos un pie de terreno y que dejemos detrás de nosotros una hueste creciente que pelee cuando nosotros hayamos desaparecido, ¿qué nos importa lo demás?

¿Y mañana? — preguntó uno de los gigantes.

—Mañana esparciremos el alimento por todas partes y saturaremos al mundo entero con él.

—Pero supongamos que se avienen á proposiciones...

—Nuestras proposiciones son únicamente el alimento, el alimento y el alimento, ¿Qué derecho pueden tener los padres para decir: «Mi hijo no ha de ver más luces de las que yo he visto, ni ha de exceder en tamaño al que tenemos nosotros?» ¡Hablo por vosotros, hermanos!

Murmullos de asentimiento contestaron al joven Redwood.

—¡Y hablo también por las que han de ser madres de una nueva raza!

—Pero en la siguiente generación aun habrá grandes y pequeños — dijo el anciano Redwood con los ojos clavados en la cara de su hijo. — Y los pequeños molestarán á los grandes, y los grandes oprimirán á los pequeños.

—Surgirá entonces el conflicto, que será interminable por la mala inteligencia de esos pigmeos. ¡Como si lo grande y lo pequeño no pudieran coexistir y comprenderse! — dijo el joven Redwood.

—En ese caso — observó el sabio químico, — debo volver al lado de Caterham para decirle...

—Tu permanecerás entre nosotros, padre mío. Nuestra contestación la tendrá Caterham al amanecer.

—Dice que luchará...

—Que haga lo que quiera — contestó el joven.

—¡El hierro espera! — gritó una voz.

Y los gigantes que trabajaban en el ángulo



comenzaron á martillear de un modo rítmico produciendo una especie de música que parecía el acompañamiento de aquel tema gigante. El metal brillaba con más intensidad, y dejó ver á Redwood con mayor claridad todo el campamento. Abarcó entonces el sabio con la mirada la extensión de aquel espacio oblongo, con sus grandes máquinas de guerra dispuestas á vomitar la muerte. Más allá y á más altura, veíase la gran casa de Cossar, á cuyo alrededor los jóvenes gigantes, hermosos y espléndidos, brillaban con su cota metálica entre los preparativos para el día siguiente. Sólo el verlos daba ánimos: ¡eran tan naturalmente vigorosos, tan corpulentos, tan gallardos, y de movimientos tan enérgicos y graciosos! Entre todos ellos, sobresalía el hijo de Redwood, así como entre las mujeres sobresalía la princesa.

Surgió de pronto en la mente del sabio un contraste rarísimo: el recuerdo de Bensington, claro y distinto, la figura de aquel compañero suyo que acariciaba en la mesa de su despacho la pechuga del primer pollo gigante y que miraba con terror por encima de sus gafas, á la prima Juana cuando salía de la habitación hecha una furia. El modo de ser antiguo de Redwood se apoderó de nuevo de él, y tuvo un recuerdo para aquellas ideas de antaño, cuando creía que lo que ahora le rodeaba era sólo un sueño magnífico, una cosa imposible

que únicamente el cerebro de un sabio podía abrigar en lo más profundo y misterioso. Pero no tardó en volver á la realidad, y halló en los jóvenes aquellos, llenos de convicciones indestructibles y de creencias arraigadas, las esperanzas, que en otro tiempo, habían exigido los más violentos esfuerzos de su credulidad para mantenerse: lo que él solamente había pensado antes, lo creían ahora los gigantes.

El cansancio llegó, por fin, á dominar los músculos del sabio; la fiebre azotaba sus venas, y si tuvo un momento en que se levantó su espíritu, fué para caer en la postración. En el instante mismo de ver realizado su sueño, en el momento preciso del triunfo, decaía su fe. ¿Acaso podía prevalecer aquel conjunto de aspiraciones y de promesas, aquella gallarda juventud con su resolución firmísima? Redwood parecía estar soñando, y los jóvenes gigantes también soñaban: ¡les hacía soñar el esplendor salvaje de la juventud! Habían soñado con armas y con resistencia, y creían en una realidad colosal que se desharía en la nada al amanecer del siguiente día.

El hirviente mundo de hombres pequeños, el mundo de la envidia y de las malas acciones; el mundo de la avaricia estúpida, del loco despilfarrero y de los placeres; el mundo de la locura atrevida, de la política enferma, del juego, de las industrias fraudelantas y de las especulaciones



engañosas; ese mundo no parecía tener ni inventiva, ni imaginación, ni esperanzas, ni valor, y sí sólo una infección múltiple y devastadora de bajeza y necesidades ruines que abrumaba á los que se proponían combatirla. Veía el sabio á los gigantes navegando sobre una pequeña balsa de luz; por un océano inmenso de mezquindades. Comprendía en su interior que aquel mundo nuevo era el objetivo de la contienda y que tenía que sucumbir imprescindiblemente el horrendo y miserable mundo viejo, el de la muerte dentro de la vida, y tal cosa era un sueño, no podía ser más que un sueño, del que el sabio iba á despertar para encontrarse con los gigantes asesinados, con el alimento suprimido, y él hecho prisionero. ¿Acaso la prisión y la cadena no son el símbolo de la vida? Este era el punto culminante y el final de todos los sueños de Redwood. Despertaría con la efusión de sangre, y la batalla le haría comprender que el alimento era la más loca de todas las fantasías, vería que toda aquella esperanza y aquella fe que con tanta ansiedad trataba de mantener, no eran más que películas de color sobre una charca inmundada. Y tan profundo y tan real fué entonces su abatimiento, que apretó los puños contra los ojos para no abrir estos y ver que su sueño había desaparecido definitivamente.

Los jóvenes gigantes hablaban entre sí en tono

muy bajo, acompañados de la melodía ruidosa que producían los herreros. ¡La marea de la duda bajaba! Redwood oía las voces de los gigantes y observaba los movimientos que las acompañaban. ¡No, no era sueño, sino realidad; una realidad tan positiva como las obras de la malicia, y aun más positiva que estas, si cabe, porque las cosas grandes son las del porvenir, y la pequeñez, la bestialidad y la debilidad del hombre, son cosas transitorias! Por fin abrió los ojos.

—¡Se acabó! — gritó un herrero, arrojando éste y su compañero los martillos que habían empuñado.

Oyose una voz allá en la altura: era el hijo de Redwood que desde el gran terraplén les hablaba á todos y les decía:

—No es que intentemos echar del mundo á la gente pequeña para que nosotros, que somos un grado menos pequeños, podamos disfrutarlo para siempre, no: luchamos, para defender y conservar ese grado de menos pequeñez, y no por nosotros mismos. Nuestro objetivo, hermanos, es el de servir al espíritu y al objeto que ha inspirado nuestra vida. Repito que no luchamos por nosotros mismos, pues no somos más que los ojos y las manos, algo así como instrumentos de la vida del mundo. Nuestro padre Redwood nos lo ha dicho así. El espíritu pasará desde nosotros por la palabra, el nacimiento y la obra, á vida más grande. La



tierra no es lugar de descanso ni de juego: si lo fuera, podríamos entregar nuestros cuellos á los cuchillos de las gentes pequeñas, porque no tendríamos mayor derecho á la vida que ellas, como estas no lo tienen mayor que las hormigas. ¡No luchamos por nosotros, sino por el crecimiento que debe seguir hasta lo infinito!

Hizo una pausa y continuó:

—Vivamos ó muramos, el crecimiento vencerá por nosotros, que tal es siempre la ley del espíritu: crecer según la voluntad de Dios; salir de estas tinieblas y de estas hondonadas hasta llegar á la grandeza y la luz. ¡Cada vez más grande, hermanos míos, cada vez más grande! Llegar á la mayor magnitud, no dejar de crecer hasta que el espíritu destruya el temor y se eleve hasta allí — dijo extendiendo el brazo y señalando al cielo.

Cesó la voz: el haz de luz del reflector giró y dió dé lleno sobre él, destacando su figura gigantesca, valientemente erguida, y mirando al espacio esmaltado de estrellas.

La luz volvió á girar y la figura del gigante se destacó entonces sobre el cielo estrellado como una masa negra y enorme que amenazaba con poderoso ademán al mundo de los pigmeos.

FIN

## ÍNDICE

### LIBRO SEGUNDO.—La Heraclorbia en las Poblaciones

	<i>Págs.</i>
CAPÍTULO I.—La llegada del alimento. . . . .	6
— II.—El rapazuelo gigante. . . . .	41

### LIBRO TERCERO.—Los Frutos de la Heraclorbia

CAPÍTULO I.—El mundo transformado. . . . .	71
— II.—Los novios gigantes. . . . .	113
— III.—El joven Caddles en Londres. . . . .	145
— IV.—Los gigantes pelean. . . . .	167
— V.—En el campo de los gigantes. . . . .	199



